

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

CÓMO ERA Y CÓMO PELEABA EL GENERAL AMADOR SALAZAR

CURIOSO INCIDENTE EN QUE SE MANIFIESTA EL CARÁCTER DEL FAMOSO JEFE SURIANO

“Que les cargue”, fue la única respuesta incomprensible que, durante un rudo combate, dio a una orden de González Garza; y fue necesario que un oficial zapatista explicara el significado de aquella frase, para que el general en jefe se diera cuenta de ella

EL ÉXODO HACIA EL NORTE DEL PAÍS

Con las columnas de Rodolfo Fierro y Canuto Reyes

CAPÍTULO II

Pocas horas habían transcurrido desde que el cuartel general había quedado instalado en Lechería (22 de junio de 1915), cuando un tren, procedente de Pachuca, llegó hasta la estación. Era un tren que traía forraje y parque para la caballería carrancista. La escolta que lo custodiaba creía encontrar fuerzas amigas. El convoy estuvo a punto de ser capturado, pero los carrancistas

El convencionismo

descubrieron a tiempo que habían llegado a terreno enemigo e hicieron retroceder rápidamente el tren.

Varios días permaneció González Garza en Lechería, reorganizando sus tropas y haciendo planes para tomar la ofensiva y marchar sobre los núcleos principales constitucionalistas. Se encontraba alojado en la finca de la hacienda, junto con los oficiales de su Estado Mayor. Además se había dado también alojamiento a los ayudantes del general Casarín. Entre éstos se contaba un joven español con el grado de subteniente, llamado Francisco de Mendoza.

Era la primera vez que Mendoza tomaba parte en una campaña militar. Poco antes de la salida de las fuerzas convencionistas se había presentado a Casarín, dándole a conocer sus deseos de ingresar a su Estado Mayor. Había sido empleado en una librería de la Ciudad de México, sabía leer y escribir, y sus servicios podrían ser útiles: el general le dió el grado de subteniente.

El joven subteniente era conversador ameno; contaba de sus pasiones y decepciones; escribía versos al volar de la pluma; hablaba con desprecio de la vida, y constantemente repetía: “No les extrañe que si no me toca una bala en algún combate, me la meta por mi cuenta en la cabeza”.

Nunca había pensado en los sinsabores de la campaña militar y se quejaba de la necesidad de montar a caballo y de llevar la pistola siempre al cinto. Durante los días que el cuartel general estuvo establecido en Lechería, Mendoza era el único capaz con las horas de tedio.

BOTASILLA

Pero los días de holgazanería en el campamento terminaron a la medianoche del 26 de junio. La mayor parte de los oficiales se había retirado a descansar cuando el clarín de órdenes anunció botasilla. Media hora después, soldados de la escolta del general en jefe y oficiales del Estado Mayor, estaban montados esperando órdenes. Caía una llovizna tupida; la noche era de un negro impenetrable. A la luz de las fogatas encendidas de trecho en trecho, se podía ver cómo González Garza corría de un lado a otro, despachando ayudantes en todas direcciones. A la una en punto de la madrugada, se puso en movimiento la columna, siguiendo a lo largo de la vía del Ferrocarril de Hidalgo.

El terreno fangoso, la lluvia, la oscuridad, hacían que la marcha fuera dificultosa. El general en jefe marchaba al frente, silencioso.

Al llegar a las orillas del pueblo de San Andrés, fueron descubiertas las avanzadas zapatistas. González Garza continuó hasta el centro del pueblo en donde a las puertas de un jacal lo esperaba el general de división Amador Salazar, comandante militar de la Ciudad de México y jefe de las fuerzas zapatistas que defendían la capital. El general González Garza echó pie a tierra y después de conferenciar durante unos minutos con Salazar volvió a montar, y torciendo a la izquierda, seguido de su Estado Mayor, de su escolta y del Batallón de Ferrocarrileros, siguió la marcha hasta llegar al pueblo de Jaltocan, que se encuentra a corta distancia de la vía directa de México a Pachuca.

CUÁL ERA EL PLAN DE GONZÁLEZ GARZA

Fue hasta entonces cuando reveló a alguno de sus oficiales el plan de operaciones: se trataba de envolver a un fuerte núcleo carrancista, quizás al principal que a bordo de sus trenes se encontraba en la estación Ojo de Agua, sobre la vía del ferrocarril de Hidalgo.

Para llevar a cabo este movimiento con buen éxito, el general Rafael Eguía Lis, jefe del sector de Cerro Gordo, protegería con su artillería el avance de sus infantes por el frente del enemigo, mientras que González Garza, con su pequeña fuerza, atacaría el flanco derecho de los carrancistas, y el general Salazar, con el grueso de la columna de ataque, debería cortar la retirada entrando por el camino real de Pachuca-México, a retaguardia del enemigo.

Tan luego como el general en jefe llegó a Jaltocan, ordenó al Batallón de Ferrocarrileros y a su escolta que tomaran dispositivos de combate, esperando la hora conveniente para el ataque.

La hora llegó; pero ni Eguía Lis ni Salazar daban señales de vida. Siguió esperando hasta que, al fin, un ligero tiroteo iniciado por el sector de Eguía Lis anunció que había llegado el momento. Sin embargo, Salazar no hacía los movimientos convenidos. Desesperado y temiendo que Eguía se comprometiera, ordenó el avance de sus infanterías por la llanura que se encontraba frente a la estación de Ojo de Agua.

Y cuando las infanterías iniciaban su avance, escribió una nota para el general Salazar, ordenando al ayudante Durán que montara y al galope se la llevara al comandante militar de la ciudad de México. Durán partió a cumplir la orden, teniendo que hacer un rodeo de más de dos leguas para poder llegar

El convencionismo

a San Andrés, a fin de poder salvar la región pantanosa de la laguna de Jaltocan. El combate se había empeñado, tanto en el sector de Cerro Gordo, como frente a la estación de Ojo de Agua.

“QUE LES CARGUE”

El ayudante de González Garza llegó a San Andrés pudiendo localizar fácilmente a Salazar. Éste, acompañado de varios oficiales, se encontraba tirado bocarriba, a la orilla del camino. Al ver llegar al ayudante del general en jefe, Salazar se incorporó, pidiendo noticias.

—*Traigo esta comunicación para usted, mi general* —le informó Durán, entregándole el pliego de que era portador.

Salazar tomó el pliego y entregándoselo a uno de sus oficiales, le dijo:

—*A ver, léeme esto, a ver qué quiere don Roque.*

El general escuchó atentamente la lectura. Permaneció callado un instante, luego se sentó; se puso en pie perezosamente, se puso su sombrero —sombrero de pelo de anchas alas y en cuya copa brillaba un águila de oro con dos estrellas—; se paseó de un lado a otro; dio varias chupadas a su puro y tranquilamente, dijo a Durán:

—*Pos vaya y dígame al general que les cargue...*

Y el comandante militar de la Ciudad de México arrojó su sombrero al suelo, agarró el puro entre los dientes y se dejó caer sobre el césped. No volvió a abrir la boca.

El oficial que había dado lectura a la comunicación, viendo cómo Durán permanecía de pie, esperando una respuesta definitiva, fue quien la dio:

—*Diga usted a mi general don Roque, que ya nuestra gente avanza por la falda del cerro de la Estrella para caer a retaguardia del enemigo, y que mi general Salazar dice que les cargue por este lado para hacer más efectivo el movimiento.*

ROTUNDO FRACASO

Durán partió a dar cuenta de su comisión al general en jefe. Cuando llegó a Jaltocan, las fuerzas de González Garza, después de un ataque infructuoso por la falta de apoyo de los zapatistas, se retiraban poco a poco.

El general en jefe escuchó sereno la respuesta de Salazar que le traía Durán y, estallando en cólera, comentó durísimamente la actitud del zapatista.

La retirada de la escolta de González Garza y del batallón de ferrocarrileros fue llevada a cabo con todo orden, concentrándose todos los elementos hacia la vía del Ferrocarril a Pachuca. Caía el día y, como se escuchara un ligero tiroteo, el general en jefe supuso que serían las avanzadas zapatistas que se retiraban ante el avance de los constitucionalistas, y resolvió esperar.

Poco después se vió cómo los zapatistas, con las armas en alto, cruzaban desesperadamente por el terreno fangoso de la laguna Jaltocan. Los hombres se hundían en el lodo hasta el pecho. Los que montaban a caballo, en la fuga abandonaban sus animales en la orilla de la laguna.

Cuando los zapatistas llegaron hasta donde se encontraba González Garza, cubiertos de lodo de arriba abajo, parecían fantasmas. Casi todos habían dejado sus sombreros; los más estaban descalzos: sus zapatos habían quedado clavados en el fango. Momentos después llegó el general Salazar, acompañado de sus ayudantes. La tranquilidad del comandante militar de la Ciudad de México, quien había tenido tiempo para rodear la laguna y no exponer a la aventura a sus hombres, era pasmosa. Saludó ligeramente a González Garza y se retiró hacia Cerro Gordo, seguido de su gente que con el lodo pegado al cuerpo se movía pesadamente.

El general González Garza se puso en comunicación, por telégrafo, con el Gral. Eguía Lis, quien le comunicó que el ataque a los carrancistas había sido un fracaso, ya que había perdido bastante gente debido a que no había encontrado el apoyo que los zapatistas habían ofrecido. Los convencionistas continuaron retirándose hacia Lechería, pero la falta de guías les hizo perder el camino, no pudiendo encontrar un puente para cruzar el Gran Canal en cuyo bordo pasaron la noche; oscura y fría noche, durante la cual no dejó de llover. Al siguiente día se reemprendió la marcha hacia Lechería, donde nuevamente quedó instalado el cuartel general, por cerca de dos semanas.

LA VIDA EN LECHERÍA

La vida en Lechería aparecía sonriente a los convencionistas. El doctor Cerisola, hombre culto y de amenísima conversación, refería anécdotas de la revolución; Alfredo Guichenne, encargado del despacho de la Secretaría de

El convencionismo

Gobernación en el gabinete de González Garza, tocaba la guitarra y cantaba canciones populares; José Agüeros, quien había dirigido un diario en la Ciudad de México, animaba las pláticas de Cerisola, haciendo predicciones políticas.

González Garza hacía nuevos planes. Proyectaba avanzar al frente de una columna hacia el norte del país para unirse a las fuerzas del general Francisco Villa. Cuando terminó de hacer sus proyectos, hizo un viaje a la Ciudad de México, acompañado del licenciado Genaro Palacios Moreno, del capitán Manuel Aiza, de José Agüeros y de Juan Durán, con el objeto de dar a conocer su determinación al encargado del Poder Ejecutivo.

Regresó el general en jefe al día siguiente a su campamento, dando inmediatamente órdenes para emprender la marcha hacia el norte. Era el 10 de julio de 1915, mismo día en que las fuerzas carrancistas entraban a la Ciudad de México, debido a que los zapatistas habían abandonado el puente de San Cristóbal Ecatepec, sobre el Gran Canal.

El gobierno de la Convención se retiraba a Toluca. La situación de los convencionistas era bien difícil: no solamente perdían la capital de la República, sino que habían llegado noticias confirmando los desastres de Celaya y León; la única esperanza continuaba siendo el general Villa, quien con su División del Norte se había retirado hasta Aguascalientes.

HACIA EL NORTE

Unirse a la División del Norte, cooperar en su reorganización y lanzarla sobre las huestes carrancistas encabezadas por el general Álvaro Obregón era el plan del general González Garza, cuando a las cuatro de la tarde del día 10, abandonaba Lechería al frente de su columna.

La marcha se hizo con cautela, debido a la proximidad del enemigo, pernoctando en la hacienda de Jalpa, propiedad de la familia Escandón. En las primeras horas del día 11, la columna se puso nuevamente en movimiento, llegando a Huehuetoca, desviándose hacia el oeste para dejar a la derecha a Tula y Tepeji del Río, plazas que se encontraban en poder de los constitucionalistas y en dirección a la hacienda de Chapa de Mota. En la mañana, el general ordenó un alto en San Miguel de los Jagüeyes debido a que las fuerzas del general Casarín, por no haber recibido una orden a tiempo, se

habían dirigido hacia Toluca. González Garza envió un ayudante para hacerlas retroceder y con instrucciones de que se encontraran en San Miguel de los Jagüeyes. Poco después del mediodía, apareció la columna de Casarín. Al frente marchaba el general; le seguía el subteniente Francisco de Mendoza, quien apenas podía abrir los ojos y la boca; había caído en una zanja y estaba cubierto de lodo desde la cabeza hasta los pies. Mientras se reorganizaba la columna, Mendoza era objeto de las burlas de sus compañeros. El muchacho sonreía tristemente; apenas si se quejaba de ser un mal soldado y peor jinete, asegurando entre dientes que ese mismo día se pegaría un tiro.

La marcha de los convencionistas continuó lenta, aburrida, hasta ya entrada la noche, cuando la columna se detuvo en el rancho Cantera. Teniendo como techo un cielo cubierto de gruesos nubarrones y un suelo cubierto de lodo, generales, oficiales y soldados se dispusieron a pasar la noche.

TRAGEDIA

Los oficiales de los Estados Mayores de González Garza y Casarín se retiraron cerca de donde descansaban sus jefes. El campamento carecía de animación; las fogatas se extinguieron poco a poco; el cansancio rendía a todos. No fue sino hasta en la madrugada cuando un tiro hizo que varios oficiales se incorporaran; pero luego siguió el silencio. Momentos después, sin embargo, un soldado se acercó a los oficiales, diciéndoles:

—*Se mató el subteniente.*

Todos se pusieron en pie. A unos cuantos metros de distancia estaba el cadáver de Francisco de Mendoza. Tenía el cráneo destrozado, la boca contraída, los ojos muy abiertos. Esperaron que aclarara el día, cavaron una fosa. Ahí quedó el cuerpo del joven español que, decepcionado de la vida y queriendo encontrar la muerte en los campos de batalla, se había unido a última hora a las fuerzas convencionistas.

HAMBRE Y MÁS HAMBRE

La columna convencionista se puso nuevamente en marcha. Se caminó durante doce horas; hambre y sed habían sido la única novedad de la jorna-

El convencionismo

da. Los pueblos por donde habían pasado estaban abandonados. Las tropas pernoctaron en San Luis de las Peras, a donde todos habían llegado con la esperanza de encontrar alimentos; pero en los jacales solamente habitaban mujeres, al parecer, hambrientas. Oficiales y soldados rondaban por el pequeño pueblo sin poder encontrar un bocado. Varios oficiales del Estado Mayor se dirigieron a un poblado cercano, donde a muchos ruegos, pudieron lograr que los vecinos les vendieran un pollo asado y un poco de café.

En la madrugada del 14 de julio, la columna reemprendió la marcha. A la salida del pueblo, los ayudantes del general en jefe escucharon gritos desgarradores que partían de un jacal. Echaron pie a tierra y entraron a la choza. Era una soldadera que gritaba y lloraba amargamente.

—*Mi marido se muere, señores, se muere* —gemía la mujer, señalando a un soldado que, tirado en el suelo, se debatía desesperadamente.

Los oficiales llamaron al doctor Cerisola, quien ya no pudo prestar auxilio alguno. El soldado se moría de hambre y de fatiga. La columna prosiguió el camino; la mujer quedó rendida de desesperación sobre el cadáver de su “Juan”.

UNA PENOSÍSIMA ASCENSIÓN

Una hora después de haber salido de San Luis de las Peras, se presentó ante la vista de la columna una terrible serranía, cubierta de corpulentos encinos; había que cruzarla. González Garza y sus ayudantes quedaron a la retaguardia para animar a los rezagados.

Pronto empezó a ascender la columna; podíase entonces apreciarla, verla en toda su extensión. Eran varios cientos de hombres, la mayoría infantes. Los soldados llevaban a sus mujeres e hijos. Los jóvenes marchaban al frente, cargando en brazos a sus pequeños y casi arrastrando a sus mujeres; algunas, las más fuertes, para ayudar al marido, llevaban el rifle al hombro; en los morrales el parque, los comales, los sartenes... Los viejos iban hasta atrás, caminando pesadamente, arrastrando el arma; se sentaban de vez en cuando, se quejaban; parecían dispuestos a quedar clavados ahí, en medio del camino; pensaban seguramente que la jornada todavía estaba muy larga; más de mil kilómetros antes de llegar a donde estaban las fuerzas de la División del Norte. Sin embargo, la presencia del general les volvía a animar; se ponían en

pie, olvidaban la fatiga y el hambre, y con la vista baja, sin medir ya la altura de aquella serranía tupida de árboles, pero tan alta que parecía que alcanzaba al cielo, empezaban de nuevo a marchar.

—*Anda, hijo, estás joven y puedes caminar* —dijo el general en jefe a un joven soldado que quedaba de los últimos.

El muchacho se echó la carabina al hombro e hizo esfuerzos por andar; pero de nuevo se detuvo; tenía las piernas clareadas por los tiros del enemigo. Más adelante una niña como de seis años estaba sentada a la orilla del camino y lloraba amargamente.

—*¿Qué te pasa niña?* —le preguntó González Garza.

—*Se fue mi mamá...* —contestó la pequeña, limpiándose las lágrimas.

—*¿Se fue? ¿Para dónde?* —agregó el general.

—*Se fue, señor, cargando a mi hermanito y me dejó por que dijo que no podía con los dos...* —dijo la pequeña, rompiendo a llorar amargamente.

Un oficial recogió a la niña, la enancó en su caballo y la llevó hasta la hacienda de Macavaca donde, después de buscar inútilmente a la madre que la había abandonado, la entregó al administrador de la finca.

DOS BUENAS NOTICIAS

Más de tres horas duró el ascenso a la sierra. Desde la parte más alta se pudo ver Chapa de Mota, que había de ser el fin de la jornada del día 14. Ya de noche, la columna llegó al pueblo, donde los soldados quedaron albergados convenientemente y donde se pudieron obtener provisiones de boca.

Al día siguiente llegó a Chapa de Mota un ayudante del general Juan M. Banderas, quien comunicaba al general Roque González Garza que al frente de mil infantes se acercaba al pueblo por el camino de Villa del Carbón, para incorporarse a la columna. González Garza comisionó a los oficiales Lajous, Agüeros y Durán para que salieran a encontrar a Banderas, quien cerca del mediodía hizo su entrada a Chapa la Mota.

La llegada de las fuerzas de Banderas animó a los convencionistas, pero una noticia recibida por el general en jefe en la tarde les había de dar todavía mayores alientos. González Garza tuvo conocimiento de que una columna de fuerzas de la División del Norte avanzaba del norte hacia Tula, por la vía del Ferrocarril Central. Cientos de conjeturas se hicieron los convencionistas;

El convencionismo

todo hacía creer que el general Villa había derrotado al general Obregón y que, habiéndose abierto paso hacia el centro, avanzaba hacia la capital de la República en auxilio de la Soberana Convención.

Aunque el general en jefe había dispuesto un descanso de 48 horas, el 16 de julio los convencionistas se ponían en marcha hacia Jilotepec, donde se podría conocer la verdad sobre la proximidad de la columna de la División del Norte.

TRIPLE FUSILAMIENTO

Después de varias horas de marcha y ya en las cercanías de la hacienda de Dosicho, el general González Garza ordenó un alto a su columna. Momentos antes había ordenado el fusilamiento de tres soldados que, a la salida de Chapa de Mota, habían saqueado una casa. Los soldados habían confesado su delito. Al ordenar el fusilamiento de los tres hombres, González Garza no había podido ocultar un estado nervioso: era la primera vez que disponía se arrancara la vida a un hombre.

Los tres condenados a muerte eran jóvenes. Los tres esperaban fríamente que se formara la columna para la ejecución y que se eligiera el lugar donde habían de caer. Cuando el oficial encargado de dirigir el pelotón ejecutor les ordenó que se colocaran en el paredón, dos de ellos avanzaron resueltos, im- pasibles; pero el tercero se dejó caer en tierra.

—*¡No me maten, jefe!* —gemía el soldado y, arrastrándose, se agarró de las piernas del oficial, implorando una y muchas veces perdón.

El oficial llamó a varios soldados para que condujeran al infeliz al lugar del suplicio. El condenado daba gritos desgarradores.

—*¡Robé, jefe, robé, pero ya no lo vuelvo a hacer!* —decía suplicante. Lo llevaron hasta ponerlo en el cuadro.

El joven soldado, arrodillado, extendía los brazos hacia delante como queriendo tapar las bocas de fuego que le apuntaban. Le arrebató una frazada a uno de sus compañeros y, cubriéndose la cara, se tiró al suelo, revolcándose como un desesperado.

—*¡Ándele, mi capitán, truénenos de una vez y llévase a ese cobarde* —pidió uno de los condenados.

—*¡No, no me maten, tengan compasión de mí!* —gritaba el muchacho.

Se puso de pie, pretendió correr; pero sonó una descarga. Los tres cayeron, casi uno sobre el otro. Después el oficial les dio el tiro de gracia y la columna desfiló ante los tres cadáveres. Siguió la marcha. Los tres cuerpos quedaron tirados a la orilla del camino.

VICENTE NAVARRO

Cuando los convencionistas llegaron a la hacienda de Dosicho, los esperaba el general zapatista Vicente Navarro, ex gobernador del Distrito Federal. Navarro era un hombre joven, de pelo casi rubio y de ojos claros. Invitó a González Garza y al Estado Mayor a sentarse a su mesa en el comedor de la finca de la hacienda. Durante el almuerzo, se quejó amargamente de carecer de dinero para pagar a su gente; pero poco después decía al general en jefe:

—*Oiga, mi amo; me vende el dueño esta finquita... quesque quiere cien mil pesos; ¡y qué se me hace que se la merco!...*

González Garza sonrió, y minutos después daba órdenes para continuar la marcha hacia Jilotepec.

UNA PLAZA TOMADA

Al llegar a Jilotepec, un propio esperaba a González Garza con una noticia: una columna de caballería de la División del Norte a las órdenes de los generales Rodolfo Fierro y Canuto Reyes había tomado, después de un combate más o menos formal, la plaza de Tula, cortando inmediatamente las comunicaciones entre Veracruz y el centro del país y dejando al general Obregón aislado de su base de aprovisionamientos.

La noticia fue transmitida inmediatamente a la columna. La banda de música de la brigada de Banderas recorrió las calles del pueblo tocando alegres aires marciales y las campanas de los pueblos repicaron jubilosas.

El general González Garza, lleno de optimismo, seguido de su Estado Mayor, partió hacia Tula a donde llegó poco después de las dos de la tarde.

Desde las primeras avanzadas podía descubrirse que la gente era del norte: todos con el pecho cubierto de cananas y montando magníficos caballos saludaron entusiastas al ex presidente de la República.

El convencionismo

Junto a la vía del ferrocarril, en el centro del pueblo, esperaba a González Garza un hombre bajo de cuerpo, con la cara tostada por el sol, con sombrero charro de fieltro, camisa color lila y mitazas adornadas con grandes hebillas de plata. Era el general Canuto Reyes, jefe de la columna expedicionaria de la División del Norte.

González Garza echó pie a tierra, abrazando efusivamente a Reyes. El ex presidente y Reyes se dirigieron a una casa particular donde ya le habían preparado una pieza, mientras que los oficiales del Estado Mayor fueron en busca de alojamiento. Cuando una hora después se presentaron a González Garza, éste platicaba animadamente con los generales Fierro y Reyes.

PERDIDA TODA OPORTUNIDAD DE "GANE"

Durán se encontró frente a un viejo amigo, el teniente coronel Francisco Aguilar, miembro del Estado Mayor de Canuto Reyes.

Aguilar refirió a Durán que militando a las órdenes del general Francisco Villa, éste le había impuesto un castigo incorporándolo a las órdenes de Reyes, quien con Fierro, había hecho una travesía sin igual desde el Bajío hasta caer sobre Tula, cruzando territorio dominado por el enemigo. El teniente coronel, sin embargo, se mostraba pesimista. Le confesó que ya estaba cansado de la guerra y de las correrías consiguientes; que el villismo estaba moribundo y que esperaba la primera oportunidad para separarse de las filas revolucionarias; que Villa estaba rodeado de puros bandidos y que las derrotas de Celaya y León habían aniquilado a la famosa División del Norte.

—*Los pelados éstos* —agregó Aguilar, señalando a la gente de Reyes y Fierro— *ya no quieren pelear; hay que meterlos a fuerza y nomás se voltea el primero y no hay Cristo que los ataje... Los jefes no saben ni cómo se llaman. En León, Canuto Reyes metió tres brigadas en columna por una calle cerrada, de donde, por verdadero milagro, salimos vivos unos cuantos. En Celaya, las disposiciones de Villa fueron una serie de barbaridades; los Dorados, recibieron órdenes de permanecer a la retaguardia de las infanterías para meterlas al combate y matar a todo soldado que se volviera por cualquier causa, de la línea de fuego. En fin, que esto ya se lo llevó el diablo, y te aconsejo que no te vayas al Norte, porque ya no hay gane...*

Pocas horas después, el teniente coronel Aguilar fue comisionado por González Garza para llevar una comunicación al encargado del Poder Ejecu-

José C. Valadés

tivo, licenciado Francisco Lagos Cházaro, quien ya se encontraba en Toluca.

Al despedirse de Durán, el teniente coronel le dijo, sonriendo maliciosamente:

—*Ya llegó la oportunidad, manito, y de guaje la dejo pasar...*

Y mientras Aguilar partió a cumplir la comisión, la columna convencionista se dispuso a abandonar Tula.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 1 de enero de 1933, año xx, núm. 324, pp. 1-2.